



PACTO TENEBROSO

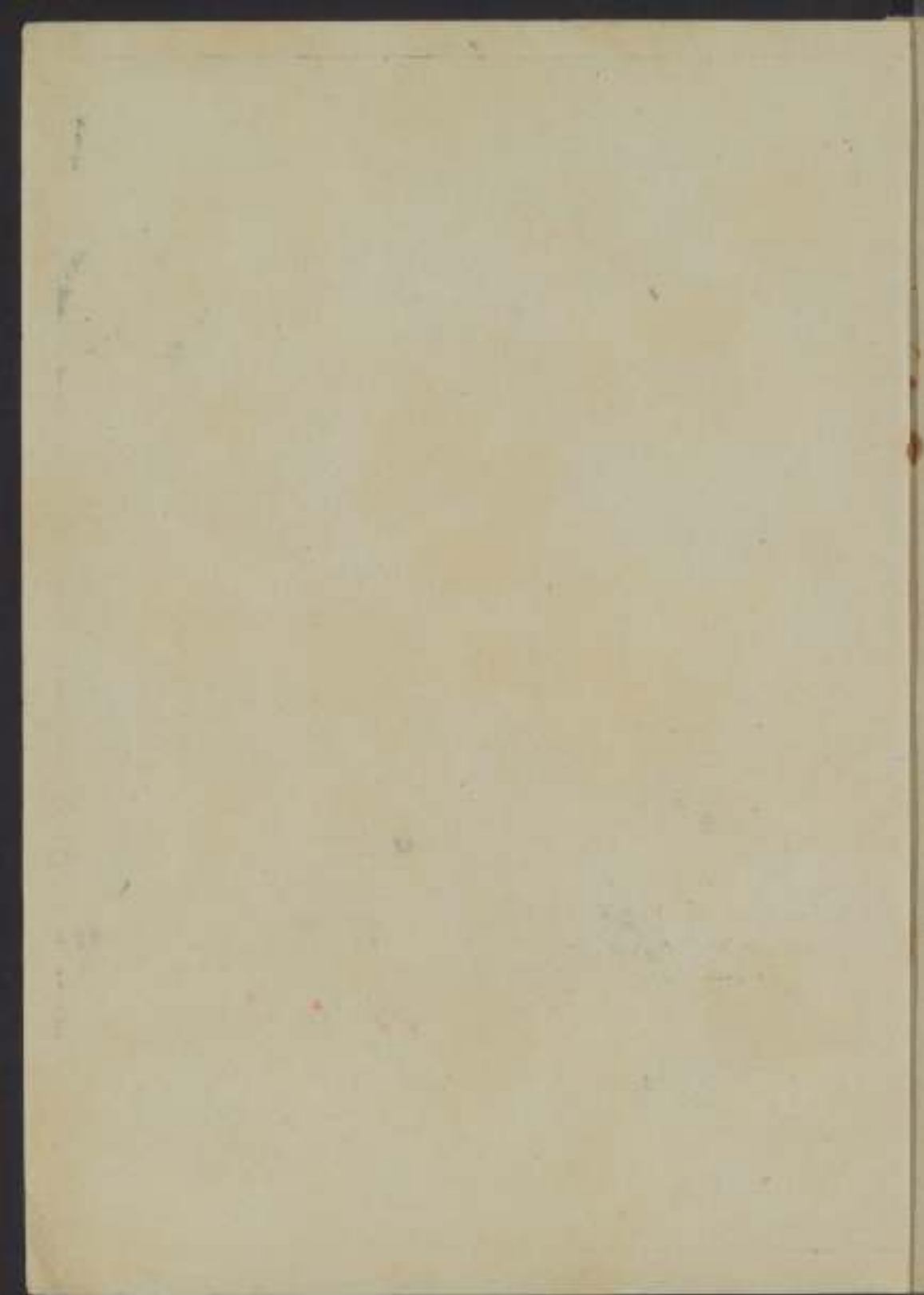
CLAUDETTE
COLBERT

ROBERT
CUMMINGS

DON
AMECHE

HAZEL
BROOKS

Editorial **Atlas**





**PACTO
TENEBROSO**



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 34 Teléfono 37 06 37
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMÓN SALA VIEDAGUER

Apartado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70637
Valencia, 234 :: Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTO DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Barcelona - Tarrasa, 4, Madrid

EDITORIAL

"ALAS"



AÑO XVIII

SERIE ESPECIAL

NUM. 158

NUM. 406

PACTO TENEBROSO

Un pacto establecido entre dos hombres y una mujer para terminar con la vida de una buena y dulce esposa, a la que tratan de enloquecer con una trágica aparición que, aun siendo real, ellos quieren presentar como fruto de una alucinación. Pero surge un hombre bueno y generoso que pone su juventud y su inteligencia al servicio de la verdad y de la justicia y que, siguiendo la recta inspiración que le dicta la conciencia, consigue disipar aquella pesadilla y acabar con los victimarios.

SELECCIONES
CAPITOLIO



Provenza, 292

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Alison Courtland</i>	Claudette Colbert
<i>Dick Courtland</i>	Don Ameche
<i>Bruce Elcott</i>	Robert Cummings

Director:

DOUGLAS SIRS

Narración literaria por

Alfredo de Vergara

UN VIAJE INESPERADO

Alison Courtland dormía plácidamente en uno de los confortables vagones del tren que hace el servicio entre Nueva York y Boston, teniendo como compañera de viaje a la señora Vernay, una mujer ingenua y parlanchina que sufría al no poder entablar conversación con nadie, en el transcurso de aquella larga noche.

De pronto el tren se cruzó con otro que iba en dirección contraria. El reflejo de las luces del interior y el férreo ruido de aquel convoy, que devoraba más que recorría los kilómetros, despertaron a Alison Courtland de su tranquilo sueño. Fue un despertar sobresaltado. La joven mujer saltó de su cama y con los ojos desorbitados y reflejados el espanto en su semblante, saltó corriendo, como loca, hacia el pasillo del vagón.

—¡Paren, paren! ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? —gritaba sin cesar.

A sus gritos desgarradores acudió presto el revisor, seguido de numerosos viajeros que habían oído a la desventurada mujer.

—¡Paren, paren! ¡He de bajar inmediatamente! —segula diciendo, tratando de avanzar entre los curiosos y como si quisiera dirigirse a la plataforma y bajar del tren en marcha.

El revisor trató de contenerla y calmarla de aquella excitación:

—No grite, señora. Se apeará usted cuando lleguemos a Boston.

—¿A Boston? —exclamó Alison Courtland, vivamente sorprendida—. Pero, ¿por qué voy yo a Boston? ¡Oh, Dios mío! Le aseguro que ni siquiera sé por qué estoy aquí.

La señora Vernay, su compañera de viaje, intervino, al fin: —¡Oh, pobrecilla! Ya decía yo que no se encontraba usted bien. En cuanto la vi anoche en la estación, me dije...

Alison Courtland parecía despertar, poco a poco, lentamente, de su extraña e inexplicable letargo.

—Estación... ¿Qué estación?

—Pues, la estación central de Nueva York.

Aquella mujer, de aires distinguidos y de elegante e impecable vestir, no acertaba a explicarse cuanto le estaba sucediendo, y no cesaba de exclamar con acento que todos consideraron netamente sincero:

—Pero si no puede... No puede ser... Anoche yo estaba en mi casa.

A todos los reunidos violentaba extraordinariamente la escena, que nadie comprendía en realidad. Fué el revisor quien propuso que alguien fuera a buscar a un médico. En el segundo vagón viajaba uno. Fué uno de los mozos del tren el encargado de avisarle.

—No, no, señor revisor... No necesito ningún médico; no estoy enferma...

Pero el médico llegó y entrando en el vagón que la señora Courtland ocupaba se dispuso a interrogarla para mitigar, en lo posible, aquella crisis de nervios.

—¿Cuántas tabletas tomó usted para dormirse? —inquirió el doctor.

—¿Tabletas dice usted? Nunca tomo ningún somnífero —replicó Alison, vivamente.

—¿Nunca?

—Jamás —asintió ella—. Sólo suelo tomar una taza de chocolate al acostarme.

La señora Vernay seguía allí, de pie, junto a la señora y el médico.

—Déle usted dos tabletas; le calmarán los nervios. Se sentirá mejor después de tomarlas. Y diga al revisor que me avise si me necesitan ustedes.

—Muchas gracias, doctor —exclamó Alison Courtland.

—Buenas noches, señora. Y procure descansar.

Las dos señoras quedaron solas en el departamento, lo que la parlanchina aprovechó para desahogarse, para saber algo de aquella mujer, tan elegante y tan enigmática.

—Yo siempre lo he dicho —empezó la señora Vernay—. Viajar es una delicia, porque permite hacer nuevas y buenas amistades. Figúrese si me gustará a mí que paso la vida metida en casa.

Alison Courtland parecía completamente ausente de cuanto aquella mujer le estaba contando. Su pensamiento se hallaba centrado en unos lugares muy distintos.

—¿Qué pensará? —murmuró.

—¿Qué pensará, quién? —preguntóle la señora Vernay, con evidente curiosidad.

—¡Oh!... Mi marido...

Ya estaba visto. En un abrir y cerrar de ojos la inquieta y diminuta viajera imaginó lo que pasaba a la señora Courtland. El viaje, la crisis nerviosa, obedecían sin duda alguna a disensiones conyugales. Pero fué lo suficiente discreta para no ahondar más la supuesta llaga de la enferma. Y prefirió cambiar de conversación.

—¿Quiere usted su bolso, señora? Es un bolso muy elegante, con sus iniciales en oro... A. C.

—Alison Courtland. Así me llamo.

—¡Bonito nombre!

Alison prosiguió su conversación, pero no con el ánimo de informar a su interlocutora, sino con el de buscar las causas de la extraña situación en que ella misma se hallaba.

—Mi marido no sabe que estoy de viaje... Le di las buenas noches cuando me acosté. Yo estaba en mi habitación; me puse en la cama; me dormí... Sí, sí, estoy segura, completamente segura de eso...

La señora Vernoy escuchaba atentamente, sin atreverse a decir ni una palabra, ni siquiera a observar, como tal vez hubiese querido, a la señora Courtland. Fijó su mirada en el magnífico bolso que había quedado abierto, al punto que sin gran esfuerzo podía verse, poco más o menos, lo que contenía. Algo llamó la atención a la curiosa mujer:

—¡Dios mío! Pero, querida, ¿si lleva usted una pistola! A fin de cuentas, hace perfectamente bien. Yo soy de las que opinan que una mujer debe protegerse. ¿Vive usted en Nueva York? Yo también vivo allí, en Nueva York capital.

—Vive en Sutton Place —murmuró Alison, sin dar ninguna importancia ni a lo que acababa de decir y menos aún al ha-

llazgo, en su bolso, de una pistola que ella tampoco recordaba haber puesto allí.

Mientras se producían estas escenas en el tren Nueva York-Boston, Dick Courtland, esposo de Alison, se hallaba en su casa de Sutton Place hablando con el sargento Stroke, de la Policía, a quien había llamado para denunciar la desaparición de aquélla.

Descartada la hipótesis de una fuga, motivada por querellas domésticas, había que orientar las averiguaciones en otro sentido. El sargento Stroke estaba dispuesto a desentrañar el enigma, y para ello no dejaba de observar los más nimios detalles de aquella suntuosa y severa morada, propiedad de Alison Courtland.

—He notado, señor Courtland — exclamó de pronto —, que le duele a usted el brazo derecho. ¿Qué le pasa?

—Nada, es decir, algo de poca importancia. Una herida superficial...

—¿Ha dicho usted una herida?

—Sí, eso es. Me la causé involuntariamente mientras limpiaba mi revólver...

El sargento pareció no dar gran importancia a la cosa, pero no dejó de retener el detalle que bien podía darle alguna pista.

—Buena casa! — exclamó mientras subía las escaleras, siguiendo a Dick —. ¿Mucho servicio?

—Doncella, cocinera y Haskins, el mayordomo. Este servía ya desde hace años a la familia de mi esposa. Lo heredamos con la casa — respondió Dick.

Al llegar a la habitación de su esposa, la abrió para dar paso al sargento.

—Esta es la habitación de la señora Courtland.

—¿Estó tal como la encontró? — inquirió el policía.

—Sí, no he tocado absolutamente nada y he dado las oportunas órdenes a mi servicio para que tampoco lo hicieran.

—¿Estaba aquí su esposa la última vez que la vió?

—Sí, señor Stroke. Eran las diez y media. Le di las buenas noches y pasé a mi habitación. Pero... sargento: tengo que confesarle que esta vez estoy preocupado.

—¿Esta vez? Entonces...

—Sí. Esto ha pasado ya varias veces, pero no creo sea necesario repetir...

—Señor Courtland. Sé que es embarazoso, pero su esposa ha desaparecido y tiene usted el deber, como esposo y como ciudadano, de decirme cuanto sepa, sin omitir nada en absoluto.

Dick se dispuso a contárselo todo al sargento Stroke. Pero su relato, apenas iniciado, fué interrumpido por una llamada telefónica. Era la señora Courtland la que estaba en el aparato.

—Sí, Courtland... Soy yo... ¡Alison! ¡Alison, cariño! ¿Dónde estás?

Estaba en Boston. La sorpresa de Dick fué extraordinaria. ¿Qué hacía su esposa en aquella ciudad? Pero no quiso atormentarla más, segura de que aquella fuga había sido motivada por una nueva crisis nerviosa.

—¡Oh, no debes inquietarte! ¡Lo que importa es que estés bien! ¿Dónde estás ahora?

Alison le dijo que se hallaba en la estación del sur, y Dick se lo comunicó al sargento, quien trató de tranquilizarle:

—Dígale que no se preocupe; que uno de los agentes de Boston irá a recogerla.

—No te muevas de aquí —prosiguió Dick—. Un agente de policía te acompañará al avión. Espera en la Oficina de Información.

Pero antes de cortar la comunicación Dick quiso decir algo a su esposa, algo que el sargento no debía oír. Cortésmente se excusó:

—Perdóneme, sargento, quisiera... ya me entiende... hablar desde mi cuarto...

El sargento Strake accedió a ello, no sin conseguir captar el curso de la conversación telefónica sostenida entre las esposas. Dick anunció a Alison que su pistola había desaparecido, a lo que ella respondió sin vacilar que se hallaba en su propio bolso, a pesar de que no recordaba habérsela llevado.

Cuando Dick volvió a la habitación donde el sargento se hallaba, éste no hizo el menor comentario acerca de lo que había oído, y supuso que todo había sido motivado por un conflicto matrimonial sin más consecuencias que un mal rato para los interesados.

—No sabe — exclamó — cuánto siento haberle hecho levantar a estas horas, sargento Strake.

—¡Bah! ¡No tiene importancia! Esto es muy frecuente en las grandes ciudades. Bueno, señor Courtland, no puedo entretenerme.

Y no sin una cierta ironía, añadió:

—Cúidese ese brazo, señor Courtland.

Este se limitó a responder, con un aire manifiestamente raro, como si aquel hombre le hablara de la luna:

—¡Ah, sí, lo cuidaré! Muchísimas gracias.

ANTIGUAS AMISTADES

La sala de espera del importante aeródromo de Boston hervía de gente. El tráfico era incesante; el bullicio, ensordecedor. Alison Courtland apenas conseguía entender lo que su marido le estaba diciendo por teléfono. A poca distancia de la cabina telefónica, semiabierta, se hallaban la señora Vernoy y su esposo, un fotógrafo de Nueva York.

—¿Cómo dices que se llama? —inquirió éste a su señora.

—Alison Courtland.

—Y tú ¿le has dado tu nombre?

—¡Claro que no! Le di el que tú me indicaste: Tomlison, Ci-arabella Tomlison. Lo hice bien, ¿verdad?

—Sí, muy bien. Estoy contento de ti.

—Lo que no me explica es por qué he tenido que disimular mi nombre...

El señor Vernoy se limitó a encogerse de hombros. Ella dejó de insistir.

—Tenemos el tiempo justo para tomar el tren.

—Pero ¿volvemos a Nueva York?

—¡Pues, claro! ¿A dónde quieres que vayamos?

—¡Si acabamos de llegar de allí!

Tampoco esta vez el señor Vernay quiso dar explicaciones. Parecía estar muy preocupado y sólo atendía a las voces que surgían por doquier, amplificadas.

—Vuela 38. Pasajeros para Nueva York y Washington. Puerta cinco. A bordo por la puerta cinco.

Alison Courtland había salido ya de la cabina, y se hallaba junto al mostrador hablando con el teniente Mitchell, encargado de conducirla al avión.

—Gracias, teniente. Iré sola al avión. ¿O es que teme que vuelva a escaparme? —exclamó riendo francamente.

—Ordenez con órdenes. Tengo el deber de acompañarla.

Los dos avanzaron lentamente por entre la muchedumbre cargada de maletas y con aires de mucha prisa. Tras un breve silencio, Alison Courtland inquirió:

—Dígame, teniente, ¿suele trapezar con casos como el mío?

—De todos los tipos. Algunos se pienden, otros están locos, los hay que huyen de un enredo que sólo ellos conocen.

—¿Cree usted que estoy loca? —exclamó Alison con un cierto temor.

—Pues yo aseguraría que no; yo diría que es usted una persona cabal.

En aquel momento Alison fue reconocida por su amigo Barbby, una muchacha moderna, llena de vivacidad y de encantos, la cual iba acompañada de un apuesto joven: Bruce Elcott.

—¡Alison! ¡Oh, Alison! Pero ¿qué haces tú en Boston? Si casi

no puedo creerlo. ¡Esto es maravilloso! Alison, te presento a Bruce Elcott. Ella es Alison Courtland.

Se cambiaron las consabidas frases de cortesía y la conversación se reanudó animada. Barby había acudido al aeródromo para despedir a Bruce Elcott, un viejo y simpático amigo de ella, que había vivido largo tiempo en la India y que ahora se iba a la China.

Todo eso Barby lo explicó en pocos segundos; tal era la vivacidad de su carácter. Y aun tuvo tiempo de decir a Alison que iría, dentro de poca, a Nueva York, para asistir a una fiesta que daban los Van Suydam.

—Pues si vienes a Nueva York — propuso Alison — quiero que vengas a mi casa.

El avión iba a salir. El agente Mitchell se despidió cortésmente de las señoras y de Bruce, y éste se dispuso a penetrar en el campo, acompañando a la señora Courtland.

La conversación que se entabló entre los dos, en pleno vuelo, fué verdaderamente amena. Tanto Alison como Bruce eran jóvenes y alegres, a pesar de que todo cuanto hemos relatado de ella invita a suponer que se trataba de una mujer taciturna, histérica, dominada por intensas preocupaciones de tipo espiritual.

—¿Hace tiempo que se conocen con Barby? — le preguntó Bruce.

—Fuimos los dos al mismo colegio, al Stonchaven.

—Vaya, vaya. Conozco bien ese colegio. ¿Recuerda usted unos chicos que iban de visita vestidos con trajes de franela azul muy planchaditos y con camisas blancas...?

Los dos reían francamente divertidos por la evocación.

—Sí, sí — prosiguió Bruce —; sentaditos en el salón, tratá-

bamos de coger las manos a las chicas sin que nos vieran aquellas horribles carabinas.

Entre risos y frases amables se deslizó la conversación, a través de la que Bruce pudo enterarse de que Alison estaba casada con un joven arquitecto de Nueva York. ¡Qué decepción la suya! El que creía haber empezado a conquistar aquella chica tan simpática y tan bonita!

—Preveo la que me reserva el porvenir — comentó, descorazonado —. ¡Un aburrido soltero al fresco!

EN NUEVA YORK

El avión aterrizó en Nueva York. El viaje había resultado plenamente feliz. La compañía de Bruce consiguió distraer a Alison Courtland de sus hondas preocupaciones.

Alison se fue directamente a su casa, donde la estaba esperando su esposo, quien tuvo, como siempre para ella, las frases y las sonrisas más amables.

Cuando los dos estaban hablando, sin referirse para nada a la extraña fuga de ella, en plena noche, hacia Boston, Helen, la camarera, anunció a Dick que el doctor Reinchart había llamado otra vez por teléfono.

—¿El doctor Reinchart? —inquirió la señora Courtland, que no ignoraba que éste era uno de los más reputados psiquiatras de Nueva York.

—Sí, querida. Le hablé esta mañana.

—No, Dick; eso de ninguna manera. No quiero que me vea.

—Escucha, Alison — trató él de convencerla —. No debemos

seguir engañándonos. Hemos de hacer algo práctico. Es necesario que te visite. El te curará. Incluso se ha brindado a venir a casa.

—¡Pero si no la necesito, Dick! Si yo estuviera... ¡Oh, no, Yo no soy neurótica, ni maniática! —exclamó, digna, serena, segura de sí misma.

—Por favor, Alison. Yo no digo que lo seas...

—Ni perdí el juicio. Si me obligas a aceptar la idea de que mi estado requiere la presencia de un especialista, te aseguro que será peor para mí.

Cuando iba a cogerle los brazos en señal de amistad, Alison advirtió que su esposo tenía el derecho inmovilizado.

—Pero, ¿qué te pasa, Dick?

—Nada.

—¿No quieres decírmelo...? ¿Fue anoche? La pistola en mi bolso... ¡Oh, Dios mío!

Alison lo comprendió todo. Ella había sido la agresora involuntaria de su marido, a quien quería por encima de todo. Dick trató de explicarlo, tratando de disculparlo.

—Ocurrió rápidamente. Yo me levanté porque creí oír pasos en el hall. Al salir de mi habitación te vi que bajabas lentamente las escaleras. Te llamé, pero no respondiste. Sacaste la pistola del bolso; oí un disparo... Esto es cuanto puedo recordar. Debí perder el sentido.

La pobre Alison se cubrió el rostro con las manos y estalló en un incontrolable llanto.

—¡Oh, Alison! No es nada grave; sólo una herida superficial.

—Pude haberte matado —exclamó ella, desesperada ante la enormidad de su acción, por otra parte involuntaria—. ¿Cómo hice eso contigo?

Dispuesta a aclarar el enigma que la envolvía; deseaba de saber lo que realmente le había sucedido, pues no tenía el más leve recuerdo de aquella noche aciaga, Alison, irguiéndose, exclamó con aire digno y de perfecta consciencia:

—¡Dick, dile al doctor Reinhardt que deseo verle!

Entretanto el fotógrafo Vernay y su esposa llegaban a su casa, con la consiguiente desesperación de la pobre señora, que no acertaba a comprender el porqué de aquel viaje tan rápido. Vernay abrió la puerta en el momento en que sonaba el teléfono. Se dispuso a coger el auricular, pero habían cortado la comunicación.

—¡Colgaron! Tal vez se trataba de algo de importancia. Pero, ¿por qué no contestarán al teléfono cuando éste suena? ¡Daphne! ¡Daphne! ¿Dónde estará?

—Quizá esté en su habitación... —insinuó la señora Vernay.

—Pues debía estar aquí y no dejar la casa abandonada. Estoy harta.

Daphne bajó lentamente la escalera que unía la tienda con el piso superior. Era una extraña mujer, de una rara belleza, ataviada con una larga túnica. Sus ojos eran grises, sus labios sensuales, una larga cabellera pendía sobre sus espaldas. Descendió, sin prisa, fumando su indispensable cigarrillo. Los gritos de Vernay no la inmutaron.

—Yo no soy tu telefonista —se limitó a responder— ¿Está esto claro?

—Pero si te desentiendes de todo, ¿qué clase de casa pensarán que es esta? —inquirió Vernay.

—¿Y qué clase de casa piensas tú que es la tuya, «dustruojo»?

Vernay optó por callar. Fué su esposa la que cortó el angustioso silencio para explicar a Daphne, la modelo de la casa, que

durante su viaje había conocido a una señora que estaba enferma, a la que cuidó con maternal solicitud.

—Anda — intervino Vernay —, sé buena chica y ve a deshacer el equipaje.

—Sí, Charles. Ahora mismo voy.

Daphne y Vernay permanecieron solos en la tienda. Tenían necesidad de hablarse, pues los dos estaban confabulados, los dos eran igualmente responsables de una maquinación que ponía en grave peligro la vida de la señora Courtland.

—Todo salió bien, Daphne — empezó diciendo el fotógrafo.

—¿No te vió ella? — preguntó la supuesta modelo.

—¿Pues claro que no!

—Eso es lo que importaba, porque no debes olvidar, Charles, que mañana es el día. Mañana, a las doce.

—Perfectamente — asintió Vernay con aire de sumisión.

EL EXTRAÑO DOCTOR

Al día siguiente, a las doce en punto, alguien llamaba a la puerta de la casa de los Courtland. En aquellos momentos, por una extraña coincidencia, que escapó a la atención de Alison, no había ningún doméstico en la casa. Su marido se hallaba en su despacho.

El hombre que llamaba con insistencia no era otro que el fotógrafo Vernay. Llevaba gafas y un maletín en la mano, dispuesto a hacerse pasar por el doctor Reinchart.

—¿La señora Courtland? — preguntó cortésmente, en cuanto ella le abrió la puerta.

—Sí, señor.

—Soy el doctor Reinchart.

—El doctor... ¡Oh, perdón! No le esperaba hasta la una.

—Lo siento, señora, pero su marido me citó a las doce en punto.

Sin la más leve sospecha, Alison dejó entrar al falso doctor, quien se dispuso a interrogarla.

Los dos se hallaban en la sala de recepción de la casa, junto al invernadero. Ella, sentada en una butaca. El, de pie, situado detrás de otra. Su mirada era extraña, a través de sus gafas, pero Alison, a pesar de que sentía cierto miedo, nunca llegó a sospechar que aquel hombre fuese un impostor, un malvado, y le iba contando las incidencias de su enfermedad.

—Empecé a andar sonámbulo hace dos meses, aproximadamente.

—Sí — se limitaba a responder el falso doctor.

—He gozado siempre de perfecta salud y felicidad. A decir verdad he vivido con bastante monotonía...

—Continúe — silabeó Vernay, quien no dejaba de jugar con sus dedos en el respaldo de la butaca, detrás de la que se hallaba apostado.

Ese movimiento consiguió poner nerviosa a la señora Courtland, la cual no pudo evitar rogarle:

—Perdone, doctor, pero, ¿le importaría dejar de hacer eso?

Ella misma comprendió que se había excedido, por lo que, riendo nerviosamente, añadió:

—¡Qué estúpida soy!

—Siga — exclamó Vernay sin dejar su aire impenetrable, misterioso.

—Descubrí en el tren que había cogido una pistola.

—¿Y qué más?

—Era la de mi marido. Probablemente se la quité.

—¿Y disparó contra alguien?

—Sí, contra mi marido.

—Quién sabe qué podrá hacer la próxima vez —sentenció Vernay.

—No, doctor. No volverá a ocurrir.

—¿Cómo puede estar tan segura? —inquirió él, con extraño y frío acento.

—Pero, doctor...

—¿Cómo puede estarlo de nada? ¿Le molesta la luz?

—¿La luz? No, doctor.

—Sí. La luz le molesta.

Y Vernay se acercó a la ventana para bajar las persianas, a pesar del gesto que hizo Alison para impedirselo.

—¿Por qué ha hecho eso? Le he dicho, doctor, que no me molestaba.

—Está asustada, señora. ¿Y sabe usted por qué?

Alison estaba aterrorizada ante aquel hombre que se le antojaba un fantasma, un monstruo.

—Le aseguro que soy capaz de oír serenamente su diagnóstico, doctor.

—¿Puedo telefonear, señora Courtland?

—Claro que sí. Allí está el teléfono.

Vernay cogió el auricular y habló con el señor Courtland.

—Debo verle en seguida. No, no, no admite dilación. El caso es grave. Adiós.

Aquel hombre quedó inmóvil junto al teléfono. Alison, sobresaltada, subió escaleras arriba. Al llegar al rellano, se volvió. El doctor había desaparecido.

A pesar de todo, ella corrió hacia el teléfono para llamar a su marido.

—Quiero hablar con el señor Courtland... No, no puede haber-

se marchado... ¡Pero si acaban de hablar con él desde este mismo aparato!

—Lo siento, señora, pero su esposo se fué de la oficina hace ya rato — le respondieron.

—¿Cuánto hace que se fué?

—Alrededor de una media hora.

Colgó el aparato. Miró a derecha e izquierda. En la casa no había nadie. Pero la puerta estaba abierta. El doctor se había marchado sin despedirse. Alison estaba aterrorizada. Volvió a subir las escaleras. Aquella frase pronunciada gravemente, con extraña lentitud por el doctor, resonaba en los oídos de la desventurada mujer: «Quién sabe qué podrá hacer la próxima vez...»

Alison se llevó las manos a la cabeza.

«Quién sabe qué podrá hacer la próxima vez... Quién sabe qué podrá hacer la próxima vez...»

Aquella voz se repetía incesante, cada vez más profunda, cerniéndose sobre Alison como una amenaza. Hasta que... Se desplomó pesadamente en lo alto de las escaleras de aquella casa sumida en el más escalofriante silencio.

LOCA, LOCA, LOCA...

La puerta quedó abierta.

No había pasado mucho tiempo cuando llegaron a la casa de los Courtland la bulliciosa Barby y el apuesto Bruce, dispuestos a pasar allí el fin de semana.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Quién hay en casa? —gritó Barby.

Nadie le respondió.

—No hay nadie, Bruce. Y... la puerta está abierta —comentó.

Entraron, y ella siguió dando voces para que alguien se percatara de su presencia y saliese a hacerle los honores.

De pronto Barby se dio cuenta de que Alison yacía, inerte, en lo alto de la escalera.

—¡Oh, Bruce! ¡Mira!

—¡Sí es la señora Courtland!

Los dos corrieron en su auxilio. Bruce la cogió en brazos para depositarla en su cama. Alison estaba pálida, como muerta. Trataron de reanimarla, y lo consiguieron.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —inquirió como si despertara de una pesadilla.

—Ha sido un aterrizaje forzoso, pero sin averías... —comentó Bruce, jovialmente—. ¿Se encuentra bien, señora Courtland?

Barby en aquellos momentos se hallaba en la planta baja de la casa, telefoneando a un médico para que asistiera a su amiga.

—¿Cómo está usted aquí? —preguntó la señora Courtland al observar la presencia de Bruce.

—Vine con Barby para pasar el fin de semana. La puerta estaba abierta y...

—¿No vió usted a nadie, Bruce?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Un hombre con traje oscuro y gafas con montura de concha.

—No he visto absolutamente a nadie.

Mientras Barby se hallaba con el auricular en la mano, entró Dick Courtland acompañada del doctor Reinchart, el reputado psiquiatra.

Después de cruzarse un breve saludo, los dos hombres subieron las escaleras para dirigirse al dormitorio de Alison. Esta se hallaba todavía muy agitada, mientras Bruce trataba de calmarle los nervios.

Al ver entrar a Dick Courtland y al doctor, el muchacho se retiró discretamente.

Alison le contó cuanto había ocurrido: un hombre extraño, con un bigote espeso y gafas de concha, se presentó ante ella pretendiendo ser el doctor Reinchart.

—Su figura era horrible; su voz, cavernosa; sus ademanes, siniestros. ¡Oh, Dios mío! ¡No puedo olvidarle! —gritaba Alison.

—Señora Courtland: el hombre que ha mencionado usted, sea el que fuere, se ha ido ya —exclamaba el doctor con ánimo

de disipar la inquietud que dominaba a la enferma — Ya no puede hacerle nada. Aquí sólo estamos los tres.

—Pero, doctor, El habló con mi marido por teléfono. Yo le oí. Eran las doce y media.

Dick parecía verdaderamente inquieto ante lo que él imaginaba una alucinación de su esposa.

—No he hablado con nadie en toda la mañana. A las doce y cuarto salí de la oficina.

A pesar de todo, Alison se mantenía firme. No, ella no lo había soñado. Todo ocurrió como les estaba explicando. Pero ninguna de los dos hombres parecía hacerle caso. Y eso la atormentaba tanto como lo que momentos antes había vivido, porque suponía que la tomaban por loca.

—Te aseguro que estuvo aquí, Dick. Abajo... Pero... ¿es que no queréis creerme?

—Claro que te creemos, querida.

—Señora Courtland — intervino el doctor —. Ahora no se trata de creer o dejar de creer nada. Lo que conviene es que me lo cuente todo.

La pobre Alison trató de coordinar sus ideas revueltas después de la fuerte emoción experimentada. Pero le resultaba difícil. Nunca se había sentido presa de tanta excitación, al punto de que el doctor tuvo que renunciar a su interrogatorio.

Acompañada del señor Courtland, el doctor Reinchart descendió lentamente las escaleras.

—¿Qué cree usted, doctor? — le preguntó inquieto.

—Señor Courtland: la brevedad de mi visita no me permite diagnosticar la enfermedad de su esposa. Físicamente parece estar en perfecto estado.

—Pero... ¿y mentalmente? — inquirió, más sobresaltado aún.

—Debemos tener presente que sus recientes sensaciones, imaginarias o reales, son de muy peculiar y variada naturaleza. Procure usted tranquilizarla. Eso es lo que por ahora necesita su señora.

Y el doctor se despidió del señor Courtland, el cual se dirigió seguidamente a Bruce y a Barby para darles las gracias:

—Me han prestado ustedes un valioso servicio.

—Hicimos cuanto pudimos —alegó Bruce.

—Lo que no consigo comprender —observó Dick— es la ausencia de Haskins. Hay loca en salir a la doncella.

En efecto, resultaba extraño que el mayordomo no se hallara en la casa. No obstante..., ¿quién podía sospechar de él? Además, ¿qué intervención hubiera podido tener en todo aquello? Dick rechazó cualquier hipótesis que envolviera a su doméstico.

Barby y Bruce decidieron marcharse, pues no era aquella la mejor coyuntura para quedarse a pasar un fin de semana en la residencia de los Courtland.

—Adiós, señor Courtland. Esperamos que Alison se restablezca pronto y pueda asistir a la fiesta que dan los Van Suydam.

—Así lo esperó ya también. Gracias por todo, amigos míos.

Estos se marcharon con su equipaje, y Dick corrió a la vera de Alison, la cual parecía más tranquila.

Por la tarde hizo su vida normal y al día siguiente estaba ya en condiciones de asistir a la fiesta que daban los Van Suydam.

Su esposo no estuvo en casa en toda la tarde. Precisamente aquellas días se hallaba muy atareado con unos clientes que proyectaban la construcción de un importante edificio.

Alison empezó a hacer su «toilette». Se sentía animada, optimista, dichosa. Había pasado la tormenta y renacía su alegría.

Hacia las ocho llegó Dick y subió corriendo, al dormitorio de

su esposa para darle las buenas tardes y enterarse de su salud. Quedó maravillado al verla ante el espejo terminando su maquillaje.

—¡Dick, debes darte prisa! —exclamó jubilosamente al ver entrar a su marido—. Ya conoces a los Suydam: un «cocktail» y ¡bum!, de cabeza a la cena.

—Alison... yo no creía que te sintieras con ánimos para salir esta noche.

—Pero, ¿si he descansado perfectamente! ¡Recuerda que el doctor ha dicho que debía distraerme!

—Pero... estaba tan segura de que no saldrías, que había convenido con Natwick que esta noche nos veríamos para ultimar y firmar el contrato. Ya sabes, él...

—Sí, yo sé. Y por eso te has retrasado. ¿no es cierto? Tu ropa está ya preparada para cambiarte.

—Es preciso que vea a Natwick esta noche —arguyó Dick, visiblemente contrariado, tal vez por tener que cumplir un deber profesional, tal vez ante la insistencia de su esposa.

—¿Esta noche?

—Es muy importante, Alison. ¿Te molesta mucho que...?

—Sé lo que vas a decir, Dick: que me llevarás a la fiesta de los Van Suydam y me dejarás allí. ¡Oh, no! ¡Esta noche no!

—Está bien. Trataré de ir después de la cena.

Alison estaba convencida de la sinceridad de su esposo; estaba segura de que su contrariedad era debida al hecho de no poder acompañarla.

—Anda, Dick, llama a ese viejo pesado y librate de él. Sería una fiesta estupenda y los dos necesitamos divertirnos.

—Lo llamaré —accedió al fin el marido—. Pero si está de mal humor me temo que...

—Llámallo, por favor, y no temas. Ah, y te advierto que tendrás que vestirte en un santiamén, porque el reloj va avanzando y los Van Suydam no tienen espera.

Pero la gestión realizada cerca del señor Natwick, por parte de Dick, resultó infructuosa. Era preciso que se vieran aquella misma noche. Y, aun sintiéndola mucho, el joven arquitecto tuvo que dejar a su esposa.

No pasó mucho tiempo sin que llegara a la casa de los Courtland el simpático Bruce, con quien aquéllos tenían que asistir a la fiesta.

—¡Oh, Bruce! ¡Cuánto lo lamento! Dick no puede asistir a la fiesta — exclamó, al verle —. Tiene que asistir a una reunión importante. Y... hablamos pensando que tal vez sería usted tan amable y quisiera acompañarme.

—Me encantaría, pero precisamente venía a decirles que tampoco pueda ir a la fiesta de los Suydam. Pero no se preocupe. La acompañaré y luego, cuando todo haya terminado, iré a recogerla.

Por lo visto, Alison no tenía que ir a la recepción. Se encogió de hombros, desazonada. Pero Bruce contaba siempre con buenas saluciones y le hizo una proposición aceptable:

—No lo digo a guisa de justificación, señora Courtland — exclamó —, pero me temo que la fiesta resulte muy aburrida. Venga usted conmigo. Voy a una boda y le advierto a usted que es una boda excepcional.

—¿Será la suya? — preguntó Alison, muy divertida.

—¡Oh, no! ¡La de mi hermano!

—No sabía que tuviese usted un hermano.

—Sí, desde hace varios años. ¿Qué le parece?

Bruce se explicó. El había estado guerreando en China. Allí

conoció a Jimmie, un chino muy simpático. Los padres de éste se encariñaron tanto con Bruce que acordaron nombrarle su hijo honorario. He aquí por qué, pues, aquel muchacho tan agradable podía hablar de su hermano Jimmie.

—Pues acepto la invitación — exclamó Alison, jubilosa, ante la perspectiva de una noche divertida.

Poco después los dos se hallaban en casa de Jimmie.

UNA VELADA AGRADABLE

La ceremonia nupcial se inició: «Considerando que Joannie y James han jurado solemnemente vivir unidos siempre por los sagrados lazos del matrimonio, y así lo han manifestado, yo, ahora, os declaro marido y mujer».

La alegría que inundaba todos los corazones se desbordó en lágrimas, besos y risas.

—Y ahora, señores —exclamó el padre del novio— sólo debo decirles que disponen de esta casa durante toda la noche. Los refrescos nos esperan y los músicos están preparados.

—¡Hay abundante «ng-ka-py»! —anunció, alborozado, Jimmie—. El suficiente para que dure hasta el amanecer.

El «ng-ka-py» era una bebida deliciosa, una bebida que, como Bruce dijo a Alison, no hace ningún efecto... hasta que cuantos la prueban terminan por ver por duplicado a los demás.

Hubo pasteles, champán y mucho «ng-ka-py». Y un baile animadísimo. Alison y Bruce danzaron de lo lindo, como si fueran unos chiquillos, pues en realidad no eran otra cosa.

Entretanta... En un bar de un barrio apartado, donde no había más que dos clientes, ocurrió algo que Alison jamás podía sospechar.

Un hombre alto, moreno, con un bigote leve, irrumpió en el local y se dirigió al mostrador. Aquel hombre era Dick, el esposo de Alison.

—Éntreleme una botella de champán.

—Sí, señor.

Dick se ausentó por unos momentos para ir a recoger a una bella muchacha que había dejado en su coche. ¿Una aventura intrascendente? Algo más hondo y más grave. Aquella muchacha era Daphne, la supuesta modelo del fotógrafo Vernay, es decir, de aquel que se había fingido doctor y había conseguido vencer los nervios de Alison Courtland.

Dick estaba enamorado perdidamente de ella. Pero para conseguir sus propósitos, antes tendría que deshacerse de su esposa. ¿La asesinaría? No era prudente. ¿Haría volverla loca? La idea no estaba mal. Si, enloquecería a la pobre Alison, utilizando a Vernay, haciendo que éste se le apareciera para desaparecer después y luego asegurar a Alison que todo era producto de su fantasía. ¿Cómo iba a imaginar la inocente mujer lo que estaba tramando su propio esposo, en quien había depositado su confianza absoluta?

Mientras ella se sentía feliz entre aquella familia china, tan acogedora, su marido sostenía esta grave conversación con la pérfida Daphne.

—Perdona, Daphne, pero... estoy un poco nervioso.

—¿No tienes más que decirme?—respondió ella, con una frialdad inaudita.

—Algo que decirte no. Algo que darte.



—No grise usted, señora.
Ya se apesará cuando lie-
guemos a Boston.



—¿Fue anoche? ¡Oh,
Dios mío! —exclamó ella,
viendo a su esposo herido.



La señora Vernay sacó la pistola que, sin saberlo ella misma, Alison llevaba en su bolso.



Dick sabía: fugir muy bien; su expresión parecía sincera...



— Yo no soy tu telefonista, Vernay! ¿Enti esto claro? — le dijo Daphne.



— ¿Qué pasa? Voy ahora mismo... — exclamó Dick, con falsa y premeditada angustia.



El falso doctor la interrogaba con un acento frío, monótono, escalofriante.



Aquella noche, Alison se sintió feliz al lado del simpático Bruce.



—Es usted mejor tirador que yo, señor Courtland — le dijo Bruce intencionalmente.



—(Debes levantarte, Allison! ¡Aquel hombre ha venido a matarte!



— Tómate el chocolate, querida — le ofreció Dick con hipócrita galantería.



— ¡Dispara! ¡Aprieta el gatillo! — iba diciendo Dick a su desventurada esposa.



— Anda, date prisa — ordenó Daphne a Vernay — Dick te espera a las doce.



Dick estaba seguro de que Vernay había muerto. Le veía exánime, en medio de la pista.



—Si, ya sé lo que quería
usted, señor Courtland—
exclamó Vernay, con la
pistola en la mano.



— Tranquilízate, Alison.
Dentro de poco estaremos
lejos de esta casa para
siempre.

Y le ofreció un estuche, en cuyo interior había una pulsera de esmeraldas. La impenetrable Daphne lo contempló para reponer, luego, con la misma frialdad:

—¿En esas estamos, Dick?

—¡Pero si son esmeraldas! ¡Creí que te sentirías feliz y te echarías en mis brazos!

—Lo que tú creías es que esas esmeraldas calmarían mi impaciencia. La última vez fué un abrigo de pieles. De ello hace un mes. ¿Qué significa este regalo? ¿Otro mes?

Dick se sentía aturdido ante la mirada de Daphne. Tal vez el remordimiento le acuciará también, pero... El estaba dispuesto a realizar su plan, sin tener en cuenta que con ello destruyaba la vida de una mujer buena que le amaba con toda su alma.

—Date cuenta, Daphne. Lo que intentamos hacer no es nada fácil.

—Ya sólo sé que todo está previsto. La policía, el falso doctor. Todo cuanto hace falta. Todo a punto, Dick. Entonces, ¿por qué no te decides?

—Verás... es que debemos proceder con infinita cautela, sin perder la paciencia ni la confianza.

—¿Confianza? ¿En qué he de tener confianza? ¿En tu indecisión? Pretextos, excusas, dilaciones absurdas. Vernay tiene muchísima razón cuando dice que estás arrepentido.

—No lo estoy, Daphne — replicó Dick, vivamente —. Cuando estamos juntos, como ahora, lo tenemos todo.

—Tú, sí, Dick. Sin embargo, ya no. Yo quiero lo que esa mujer tiene. Lo quiero todo: su casa, su nombre, su marido. Y lo quiero ahora mismo. ¡Esta misma noche!

* * *

Mientras Dick y Daphne trazaban su diabólico proyecto, Alison, radiante de felicidad, formulaba su brindis a los nuevos esposos:

—Brindo por Jimmie y Joannie; por la madre y el padre de Joannie; por esta divertida y encantadora fiesta y por la felicidad que nos ha proporcionado. Brindo también por los músicos y por el delicioso «ng-ka-pye».

Largos y entusiásticos aplausos subrayaron sus sentidas palabras.

—¡Qué bien has estado, Alison! —corrió a felicitarla Bruce.

—¿Quiéres que pronuncie otro? —propuso ella, jubilosa, mientras los dos se dirigían al bar.

—¿Por qué no?

—Uno sobre la raza humana. ¡Oh, la raza humana! ¡Es estupenda! Pero también tiene sus rarezas. Es buena, pero... es extraña.

—Ahora soy yo quien no comprende, Alison.

—Todos somos distintos; todos somos buenos, pero distintos. Por ejemplo: Dick y tú, los dos de buena familia. Los mismos colegios, los mismos amigos, pero... distintos, fundamentalmente distintos. ¿Me comprendes ahora? Verás. Algunas personas dicen lo que piensan, se divierten y son felices; otras, en cambio, no se atreven ni a pensar, no hablan, no son felices, ni siquiera pueden sentir. Por eso me parece muy extraño...

Bruce no sabía si Alison filosofaba en serio, o si sus palabras

eran producto del «ng-ka-py» que había bebido sin darse perfecta cuenta de ello.

La conversación entre los dos fue interrumpida por la presencia de Jimmie, el cual iba a recordar a Bruce que les había prometido acompañarles en coche a su casa de Shedon's Landing, un pueblo precioso no lejos de Nueva York.

Bruce se dispuso a cumplir su palabra.

—Os llevaré a Shedon's Landing, queridos, pero antes acompañaremos a la señora Courtland.

—Pues no faltaba más —respondieron, al unísono, los jóvenes esposos.

Subieron en el coche, y al poco rato llegaban ante la puerta de la casa de Alison.

—No os haré esperar mucho —exclamó Bruce dirigiéndose a los novios que, acaramelados, estaban en el fondo del coche.

—Pronto os devolveré a Bruce —subrayó Alison, verdaderamente feliz.

Se hallaban ya ante la puerta.

—¡Cuánto me alegro no haber ido a casa de los Van Suydam —exclamó la señora Courtland.

—¿Te gustó la boda? —inquirió Bruce.

—¡Oh, sí! Jeannie y Jimmie son tan simpáticos!

—Me gustas como eres, Alison.

—¿Eh?

—Como eres con... la gente, quiero decir —corrigió Bruce, un tanto confundido.

—Me encantan todos, Bruce. ¡Ah, y también me gustan los perros! Los adoro, especialmente los «basset». ¡Oh, he perdido la llave!

En efecto, la llave se le había caído, pero se hallaba entre

sus pies y era difícil verla, porque la falda que Alison llevaba era larga. Alison lo hizo adrede, tal vez para prolongar más aquella escena; para continuar por unos minutos la dicha que sentía en su pecho... Tal vez porque prefería estar allí que entrar en aquella casa tan grande, donde unas horas antes había experimentado tanto miedo. En realidad no pensaba en eso; era, quizás, su subconsciente lo que la retenía en la puerta de su casa.

Por fin Bruce encontró la llave, al ocurrírsele rogar a Alison que se separara un poco del lugar donde se hallaba sin moverse.

—Incluso me gusta el modo con que tratas a las llaves — comentó Bruce al dar con ella —. Será mejor que la recoja. Anda, Alison, entra en tu casa.

Alison seguía de pie, sin ganas de entrar. Se sentía feliz, sin saber exactamente por qué razón. El «ng-ka-py» había surtido también sus efectos en ella, poco acostumbrada a tomar bebidas fuertes.

—Ha sido maravilloso, todo maravilloso — no cesaba de exclamar, riendo.

—Sí, Alison. Ha sido maravilloso. Pero ¿me estaba olvidando de los navíos? Buenas noches.

—Buenas noches, Bruce. Hasta pasado mañana.

—¿Pasado mañana?

—Sí, doy una recepción. No lo olvides.

—No lo olvidaré. Buenas noches...

VUELVE EL FALSO DOCTOR

Alison entró en su casa. La luz del invernadero aparecía abierta. Pero ella no se asustó. Estaba tranquila, completamente tranquila.

—¡Ah! ¿Estás ahí, Dick?

Y abrió la puerta. Pero Dick no apareció. En cambio, detrás de un sillón había la silueta siniestra del falso doctor Reinhardt; era Vernay, el fotógrafo, el cómplice de Dick Courtland, el hombre que tenía guardada en su casa a la perversa Daphne.

Estaba rígido. Se limitaba a mirar fijamente a la desventurada Alison. La miraba a través de aquellas gafas de concha, y movía lentamente los dedos sobre el respaldo del sillón, como aquella mañana que la vio por vez primera, en el mismo lugar, y la sometió a la tortura de un interrogatorio incomprensible.

—¡Dick! ¡Dick! ¡Dick! —gritó Alison, aterrorizada, ante aquella visión.

Pero Dick no estaba. Por fortuna, Bruce no había puesto el

cache en marcha, y escuchaba atento. A las voces de Alison, acudió presto. Abrióse la puerta y salió ella con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Bruce! ¡Bruce! ¡Esta dentro! ¡Esta allí!

—¿Quién?

—Ese hombre, el de las gafas con montura de concha. En el invernadero. Está de pie, junto al sillón.

Bruce irrumpió, rápida, en la casa. Pero en el invernadero no había nadie.

—Estaba allí — seguía gritando ella.

Bruce trató de calmarla. De pronto apareció Dick.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es eso?

Alison corrió a echarse en brazos de su marido.

—Yo acababa de llegar — explicó ella—. Hemos ido a una boda. Vi las luces encendidas y supuse que estabas tú en el invernadero. Entré y...

A los gritos de la señora Courtland acudió el mayordomo.

—¿Ocurre algo, señora?

—Oiga, Haskins. Revise todas las ventanas y toda esta planta de la casa, y cierre la puerta.

—No pudo salir por la puerta; lo hubiera visto. Debe seguir aquí.

Haskins recorrió todas las habitaciones de la planta baja; miró por todos los rincones, pero no había absolutamente nada anormal.

—Ni rastro, señor Courtland.

—La mismo digo — confirmó Bruce.

—No debiste regresar tan tarde, querida — exclamó Dick, a guisa de reproche —. Estás agotada.

—Tengo ya la culpa, Courtland. Lo persuadí a que me acompañara a una boda china.

—Está bien, Elcott, pero ha debido ser un esfuerzo excesivo para ella.

Pero Alison, segura de sí misma, afirmaba resuelta:

—No seas absurdo, Dick. Estoy excitada porque al entrar he visto a este hombre.

Dick seguía interpretando friamente, magistralmente, su papel.

—Escucha, vida mía. ¿No te das cuenta que aquí no hay nadie, ni nadie pudo entrar? Las ventanas están cerradas.

Llamaron. Alison, asustada, se arremolinó en el pecho de su esposa. Pero no era ninguna visita inoportuna. Era el pobre Jimmy que había estado esperando: en el coche, a su amigo.

Bruce se dispuso a marchar. Ya podía dejar a Alison, pues no se hallaba sola. Pero antes de hacerlo, Dick le preguntó:

—¿Está usted seguro de no haber visto salir a nadie de mi casa?

—Desde luego. De haber sido así lo hubiese visto.

—Elcott... Debo confesarle que no sé qué hacer. Unas veces Alison parece estar en su juicio; otras, en cambio... Créame que siento haberle molestado. Buenas noches, Bruce.

—Buenas noches.

Volvieran a quedar solos, Alison se fué a la cama, mientras Helen se disponía a subirle el chocolate como todas las noches.

—Dámelo, Helen —rogó Dick a la camarera—. Se lo llevaré yo. Puedes acostarte.

Helen se retiró. Dick dejó la bandeja en una mesa, y se fué a la terraza donde el fotógrafo se hallaba escondido.

—No vuelva a usar estas gafas. ¡Quíteselas! —le ordenó Courtland.

—¿Se acostó ya el servicio? —inquirió Vernay.

—Sí, y ya preparado—advirtióle Dick.

Este subió al dormitorio de su esposa para cerciorarse de que se hallaba acostada y durmiendo. En efecto, estaba sumida en el sueño más profundo, lo que el pérfido Dick aprovechó para ultimar su plan. Para ello había depositado artatamente en el chocolate que él mismo le había servido, la dosis necesaria para que, una vez dormida, pudiese hacerla levantar y obligarla a realizar los movimientos que le dictara.

Con perfecta conciencia de su crimen se acercó a la cama, y empezó diciendo con voz profunda, ronca, cavernosa:

—Ha vuelto, Alison. Aquel hombre está allí, mirándote, a través de sus gafas.

Mientras él iba hablando, ella se levantaba pausadamente, y avanzaba hacia la habitación contigua donde, en efecto, se hallaba Vernay con sus gafas de concha.

—Acércate, Alison, acércate.

Y ella se acercaba a la chimenea. Cuando estuvo muy cerca, Dick, que la iba siguiendo, continuó:

—Ya estás frente a ti. ¡Huye! Debes hacerla. ¡Huye, Alison!

Alison siguió el camino que Dick le trazara y dirigióse hacia la terraza.

—Ve al balcón. ¡Corre! ¡Escapa, porque quiere matarte!

EL DRAMA

Sumida en el más profundo sueño, inconsciente de cuanto sucedía, entregada a los efectos del somnífero, Alison avanzaba hacia la terraza. Era lo que Dick quería: que llegara hasta allí, subiese a la balaustrada y se echase en el vacío.

—Sube a la balaustrada ¡Hazlo, pues de lo contrario ese hombre te matará, ¡Salta!

La desventurada mujer obedecía los mandatos de su marido. Subió en la balaustrada. Su hora suprema iba a sonar.

—¡Incorpórate! ¡Eso es! Y ahora, salta, salta...

El asesinato iba a consumarse. Pero... «¡Alison!», gritó alguien con voz enérgica y segura, enfocando la linterna en su rostro. Era Bruce que, tras haber recorrido un buen trecho en su automóvil, acompañando a Jimmie y Joannie, tuvo un presentimiento y decidió volver a toda marcha a casa de los Courtland. Su llegada fué oportuna, providencial. Unos segundos después hubiere sido demasiado tarde.

Alison despertó de su letargo. Y al verse al borde de aquel precipicio, se echó hacia atrás y cayó de espaldas sobre la terraza. La diabólica tentativa de Dick había fracasado. Al comprenderlo, optó por regresar a sus habitaciones, con objeto de aparecer después en el vestíbulo, con aire asustado, fingiendo preocuparse por la suerte de su mujer.

Eso hizo, en efecto. No tardó en mostrarse en la alto de la escalera, al conjuro de aquel grito desgarrador. El servicio salió también.

Alguien llamó a la puerta. Era Bruce. Mientras Dick y Helen auxiliaban a la infeliz mujer, Haskins abrió.

—¿La señora! ¡En el balcón! ¿Está el señor Courtland?

—Se encuentra al lado de la señora.

Los dos hombres se enfrentaron unos instantes después.

—Vi a Alison en el balcón...

—¿La vió usted? ¿Qué ha pasado?

—Iba a saltar en el vacío. Enfoqué la linterna y grité.

La posición de Dick era delicada. En aquellos momentos sólo podía limitarse a dar las gracias a Bruce por su intervención. Otra cosa hubiera sido infundir graves sospechas. Optó por mostrarse amable y cordial con el muchacho.

—Luego usted lo ha salvado de... Elcott... En verdad, no sé cómo agradecerlelo.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—La he dejado dormida. Venga... Dejemos que descanse. Lo más probable es que sufriera otro ataque de... ¡La pobre! ¿Dijo usted que estaba en el balcón?

—Sí, y se disponía a saltar. Pero, señor Courtland —añadió Bruce—, lamentaría pecar de entrometido y...

—Pero, ¿qué está usted diciendo? Por Dios, Elcott—exclamó

Dick únicamente—. ¿No comprende que de no ser por usted, Alison pudo...? Bien... Fue una suerte que viniera. Y a propósito, ¿por qué volvió?

Eso es lo que tenía verdaderamente intrigado a Dick. ¿Por qué Bruce había vuelto? ¿Es que tal vez sospechaba algo de él? Quería desecher este pensamiento que le inquietaba profundamente, porque podía ser el principio de una acusación.

—Regresó..., pues... la verdad..., regresé deliberadamente porque aquellos jóvenes que aguardaban en mi coche, vieron a alguien junto a la casa.

Bruce no sabía mentir y para decir lo que había dicho tuvo que realizar un gran esfuerzo. Pero era preciso, pues de lo contrario Dick hubiese podido pensar que aquel muchacho sospechaba algo.

—¿Qué aspecto tenía?—preguntó, intrigado, Dick.

—O, no pudieron precisarlo, pero yo creí que bien pudiera ser el hombre que vió Alison.

—¡Imposible!—exclamó Dick, demasiado seguro de su afirmación.

—Claro, claro. Es lo que usted dice: no puede ser. De todos modos, me resulta difícil creer que todo sean alucinaciones... Ese hombre que vieron mis amigos...

Esta vez fue Dick el que mintió.

—Tal vez saliera de casa de los Parkhurst.

—¿Los Parkhurst?

—Sí, son nuestros vecinos. Siempre están de fiesta. Probablemente algún invitado que se iba.

—¿Andando? ¿Sin coche? Ah, tal vez un invitado que vive cerca...

—Eso es—murmuró Dick—. Otro vecino. Es terrible lo que

me está sucediendo con Alison. He recurrido a la policía y a un doctor. Figúrese que la otra tarde imaginó que un psiquiatra fantástico venía a visitarla. Esta noche volvió a imaginar que le veía sentado en el salón. Y hace un rato la encontramos en el balcón, inconsciente, Usted mismo la vió...

—En efecto, señor Courtland.

—Es sonámbula. Así fué como se marchó a Barton, en pleno sueño. Ya no sé qué hacer, Elcott. Alison es una mujer enferma.

—Yo pensé que podía ayudarla—exclamó, a título de justificación, el bueno de Bruce.

—Ha hecho usted más de lo que debía...

Con aquella frase, Dick fué terriblemente sincero. En efecto, Bruce había hecho más de lo que, a juicio de aquel hombre perverso, debía, pues en un instante destrozaba sus planes. De no haber intervenido, Alison se hallaría en el pavimento, en plena calle, bañada en sangre.

Pero era necesario fingir, apurarlo todo para que Bruce le creyera. Dick era lo suficientemente hábil, lo necesariamente hipócrita para mostrarse desolado por lo que acababa de ocurrir y agradecido por la intervención de Bruce.

—No olvidaré jamás su oportuna intervención, Bruce. De todos modos, Alison no volverá a salir sin mí. Yo me ocuparé de ella.

—Buenas noches, Courtland.

—Buenas noches, Elcott.

BRUCE EMPIEZA A SOSPECHAR

Alison dormía plácidamente. A su lado, Dick, en un canapé para velar su sueño. Había que demostrar a los demás su interés para que su esposa sanara.

—¡Hola, Dick! —exclamó al despertar a la mañana siguiente.

—Buenos días, querida. ¿Cómo tan temprano? ¿Dormiste bien?

—He tenido otra pesadilla. Fué horrible. Soñé que huía de alguien y que me encaramaba en el balcón. No lo recuerdo bien, pero creo que corría desesperadamente porque el hombre de las gafas me acosaba. Ahora tengo una fuerte jaqueca, Dick. Dime: ¿pusiste anoche alguna cosa en el chocolate?

Dick no se impresionaba fácilmente. Era hombre de sangre fría y se superaba a sí mismo cuando se trataba de circunstancias excepcionales como aquella.

—Sí, querida. El doctor Reinchart me dijo que te diese un sedante cuando sufieras uno de esos ataques.

—¿Ataques? Yo no he tenido jamás ningún ataque. Vi a

aquel hombre. Estaba de pie en el invernadero. ¡Yo estoy harta de todo eso! ¡Voy a informar a la policía!

—¡Alison!

—Sí, para que busquen a ese hombre, para que averigüen por qué me persigue.

—Pero, ¡eso sería ridículo! —arguyó Dick, sin demasiada convicción.

—Peor sería que me volviere loco, pudiendo impedirlo. Es necesario, Dick, que denunciemos al caso. Si tú te niegas a acompañarme, me harás creer que no te preocupa lo que me ocurre.

¿Había advertido algo Alison en la conducta o en el rostro de Dick? Convenía seguir fingiendo. Cualquiera desliz, por leve que fuese, podía serle fatal.

—Está bien. Ya que así lo quieres, recurriremos a la policía.

A media mañana se fueron los dos a la Inspección. El sargento Strake les recibió. También este estaba persuadido de que Alison sufría enajenación mental. Tan rotundas y sinceras parecían las manifestaciones del esposo, que el policía llegó a compartir su opinión. Y por eso hablaba a la señora como si fuera una chiquilla.

—Señora Courtland: queremos ayudarla, pero debe tener en cuenta que no podemos detener a todos los hombres que usan gafas con mentura de concha.

—Yo no le pido que detenga a muchos —replicó ella vivamente—, sino a uno, y considero que debe hacerlo.

Tal fué la insistencia de la confiada señora, que la denuncia fué aceptada, firmándola el propio Dick, no sin cruzar con el sargento una sonrisa terriblemente significativa, como queriendo decirse: ¡«Pobre Señora»!

■ Mientras eso ocurría en la Inspección, Bruce, en cuyo ánimo iba

alimentando la sospecha contra Dick, llamaba a la puerta de la casa de los Parkhurst, los vecinos de Courtland, aquellos que según él había dicho «siempre estaban de fiestas».

Una criada negra y gorda, le abrió.

—¿Es esta la casa de la señora Parkhurst? —preguntó Bruce.

—Sí y no. La señora Parkhurst ha muerto.

—¿Sí?... lo siento...

—Yo también, pero como falleció hace nueve años, no me produce tanta impresión.

—Y el señor Parkhurst ¿vive todavía?

—Sí, pero no está en casa.

—Verá, señora, yo soy del «Times» y quería preguntarle algo relacionado con las fiestas que da el señor Parkhurst en su casa.

¿Tuvo invitados anoche?

—No lo sé.

—¿Qué no lo sabe?

—Como voy a saberlo si el señor Parkhurst vive en Florida desde hace medio año!

—Bien... Creo que el «Times» se ha equivocado. Adiós, y muchísimas gracias.

Bruce volvió al coche, donde el buena de Jimmy le estaba esperando pacientemente.

—¿Averiguaste algo? —le preguntó.

—Sí. Cuanto me dijo Dick sobre las fiestas de los Parkhurst es pura invención. Tengo que prevenir a la señora Courtland. Debo hacerlo ahora mismo. Pero, no te preocupes: no tardaré.

Poco después Bruce entraba en la residencia de Alison, la cual en aquellos momentos se hallaba sola en el invernadero.

La señora Courtland se sintió satisfecha por la inesperada visita de su simpático amigo, a quien acogió con toda cordialidad.

—Lamento infinitamente lo de anoche. Triste final para una velada maravillosa...

—Poco importa eso. ¿Habrás descansado, no?

—He tenido un sueño espantoso. Afortunadamente todo fué un sueño; por lo que no creo ofrezca ningún interés relatarlo.

—Eso depende de la clase de pesadilla. ¿Soñaste con el hombre de las gafas?

Contra lo que Bruce suponía, Alison no se estremeció. Estaba tranquila. Tranquila y confiada, sobre todo después de haber presentado la oportuna denuncia ante la Policía. Le parecía que el sargento Strake, un hombre muy capacitado, como ella misma reconocía, trataría de encontrar y detener al falso psiquiatra.

Cambiaron de conversación para referirse a los jóvenes espasmos chinos. Y rieron al recordar las divertidas incidencias de la magnífica velada pasada en la mansión de la novia.

Pero... A Bruce le interesaba sobremanera hablar del asunto del hombre de las gafas, pues presentía que un grave peligro amenazaba la salud y aún la vida de aquella admirable mujer. Hasta que, por fin, se decidió.

—¿Te molestaría, Alison, que pecara de impertinencia y siguiera hablando de lo mismo; de tus pesadillas? Alison, hazlo por mí... por un amigo; durante algún tiempo no bebas nada por la noche.

—¡Ah, vamos! Probablemente quieres decir que ayer bebí demasiado! —repuso ella, riéndose.

—No se trata de eso. Me refiero... al chocolate.

—¿Al chocolate? ¿Qué hay de particular en eso?

—Vi que tu marido lo subía a tu habitación... —insinuó Bruce.

—Tú eres mi amigo, Bruce — le dijo ella poniéndole la mano en el hombro —, pero creo que estás equivocada.

—Escucha, Alison. Anoche oínduviste, sin saberlo, hacia el balcón, y estuviste a punto de arrojarle por él. No lo soñaste. Ocurrió realmente. Aunque sé que te disgusta, tengo el deber de decirte.

—Pero, ¿cómo puedes saber? — inquirió ella entre el temor y la duda.

—Lo sé porque te vi. Yo estaba en el jardín. Y con eso, terminan mis declaraciones.

Bruce se despidió. Y ella quedó pensativa. ¿Qué significaba todo eso? ¿Por qué su buen amigo le aconsejaba que dejara de tomar su chocolate? ¿Es que Dick... Oh, no. No era posible. Alison se tapó el rostro con las manos. Aquello resultaba muy superior a sus propias fuerzas.

UNA FACTURA INTERESANTE

—Ya va siendo hora de irse a la cama —exclamó Dick a su mujer, hallándose los dos en la habitación de ésta.

—Sí. Mañana será un día agitado para nosotros. Supongo que no has olvidado que tenemos recepción.

Llamaron. Era Helen que traía el chocolate a su señora. Dick, la observó rápida. Miró a su esposa, y ordenó a la doncella que dejara la bandeja en la mesa.

La conversación entre los esposos continuó, pero ninguno de los dos dejaba de mirar, a hurtadillas, la taza de chocolate.

—Es extraño todo lo que me ocurre. Dios sabe por qué me persigue este hombre...

—Muy extraño, pero he pensado que tu padre tenía muchos enemigos y...

—¿Papá? —inquirió ella sumamente extrañada.

—Sí, como todos los hombres poderosos. Ese tipo que te persigue bien pudiera ser algún chiflado que tengo la manía de ha-

ber sido ofendida por él. Recuerda el caso de aquel loco que intentó asesinar al banquero Gibbs.

—¡Asesinar!— exclamó Alison, horrorizada.

—Sí, un loco, un chentajista, pero no pudo escapar y le costó la vida.

Se iba haciendo tarde. Y mientras Dick hablaba con el propósito de alarmar a su esposa, pensaba en otra cosa: en el chocolate.

—Se te va a enfriar— dijo al fin.

—Esta noche no me apetece, Dick— exclamó ella, resuelta.

—Alison... Hoy no tiene nada dentro. Sé buena y tómalo.

—De veras te digo que no me apetece.

Dick no se atrevió a insistir, porque empezaba a temer que ella desconfiara. Era preciso hacer algo que le demostrara lo contrario y que, al mismo tiempo, provocara su arrepentimiento.

En aquel instante llamaron al teléfono. Era Bruce que preguntaba a Alison cómo se encontraba.

La conversación telefónica fué breve, pero a Dick se le antojó significativa. Era más necesario que nunca convencer a su mujer de que estaba en un error, si es que desafiaba de él. Y cogiendo la taza, hizo el ademán de llevársela a la boca.

—Tal vez esto me haga dormir. Es un magnífico alimento.

Y se lo bebió de un sorbo. Su gesto tuvo el efecto deseado. Alison se echó en sus brazos, llorando, pidiéndole perdón.

El la cogió con fingida emoción, y replicó en tono de réplica:

—Sé qué lo sientes, pero... no vuelvas a sospechar de mí.

A pesar de que Alison le aseguró que se hallaba perfectamente, Bruce pasó la noche intranquila. La expresión, la actitud, las palabras, los gestos de Dick le parecían francamente sospechosos, sobre todo desde que pudo enterarse de que los Parkhurst no daban ninguna fiesta. No pudo dormir. Por dos razones: porque te-

mía que tal vez en aquellos momentos se desarrollara otro drama en casa de los Courtland, y por otra parte, porque había que hacer algo para evitar que Dick siguiera maniobrando criminalmente contra su esposa.

Le asaltó una idea maravillosa, que Bruce quiso poner en práctica aquella misma madrugada.

Salió de su casa y se dirigió al edificio en uno de cuyos pisos, se hallaba la oficina de Dick Courtland.

Pero, ¿cómo presentarse para no infundir sospechas al portero? Bruce no era tonto y decidió hacerse pasar por inspector de los extintores de incendios.

Entró en la casa. No había nadie. Pero cuando se hallaba en el vestíbulo, examinando la lista de los inquilinos, oyó pasos. Era el botones.

—¡Eh, tú, ven aquí! — le ordenó —. Aquí veo menos tetraclorato carboníco que el mínimo marcado en el índice de obscurción.

—¿Y eso qué significa? — preguntó el muchacho, sorprendido.

—Soy el inspector de Nort Atlantic, Campañía de Seguros, Volatilidad menos 43. ¿Te das cuenta? ¡Menos 43!

—La molestaria ver a... Porque yo...

—¿A quién iba a llamar el muchacho?

—Alguien debe ser el responsable. Luego lo discutiremos. Ahora tengo que revisar los surtidores termostáticos del cuarto 28. ¡He dicho el 28! ¡Arriba! ¡Acompáñame!

El muchacho obedeció. Llegaron al piso. Y Bruce cogió la llave de las manos del botones.

—¡Atiende al ascensor! — le dijo. Y de un brinco penetró en el despacho de Dick.

Entretanto, el muchacho, temeroso de perder el empleo, corrió a presenciar al sereno de lo que estaba ocurriendo.

Bruce ya contaba con eso y se dispuso a ganar tiempo. Mientras el chico bajaría para subir con refuerzos, él registraría la mesa de Dick. En efecto, lo hizo. Revolvió muchos papeles y cogió algunos. Pero el botones fué más ligero de lo que Bruce podía suponer y a poco se presentaba con Hannogan, el vigilante nocturno.

El audaz Elcott siguió actuando como inspector. Subió a una silla, en cuanto oyó pasos. Y así le encontraron el botones y el visitante.

—Tres temastotas se han secado... En este despacho reina la confusión y...

—Buenos días, Inspector. Aquí le presento a nuestro vigilante señor Hannogan.

—Encantado. Pero siento decirle que este despacho está en malas condiciones, con tanta papel por el suelo; ¡Eso es tentar al fuego! No tienen ustedes disculpa. Ya verá el informe que voy a mandar.

—Buena, escuche... —inquirió Hannogan a quien aquella parecía un poco raro— ¿Quiere usted...

—No, no intente sobornarme. Lo dicho, dicho. Buenas noches.

Cuando el vigilante y el muchacho se disponían a cortarle el paso, él, más listo que ellos, dió un brinco y salió, para ir a reunirse con Jimmie, el cual, como siempre, le esperaba en el coche.

—¿Encontraste algo? —le preguntó.

—Casi nada. Es un despacho muy extraño. No creo que Dick trabaje mucho en él, pues no hay indicios de ningún negocio. Pero... hallé esta factura a su nombre, por un brazalete de esmeraldas, valorada en 12.500 dólares.

Aquella noche los Courtland dieron su anunciada fiesta. Allison estaba radiante de belleza. Lucía un magnífico vestido y rutilantes joyas.

A poco de iniciada la recepción, entró Bruce. Alison, que se hallaba hablando con una de las invitadas corrió a saludarle. Y tras los cumplidos de rigor, el buen muchacho abordó la cuestión que tanto le preocupaba, entrando en ella con su acostumbrada habilidad.

—¡Estas preciosa! ¿Y qué joyas? Verdaderamente dignas de ti. ¿Te gustan, no? Sobre toda las esmeraldas...

—¿Esmeraldas?—inquirió ella, curiosa—. ¿Acaso me sientan mal las perlas.

—No, pero una pulsera de esmeraldas en ese brazo... —comentó Bruce.

Llegó Dick, con cierto temor en su ánimo.

—Tenemos una horrible discusión —anunció Alison a su marido—. Bruce siente debilidad por las esmeraldas.

La conversación se ponía interesante. Lástima que la bulliciosa Barby fuera a interrumpirlo, llevándose del brazo a Alison. Los dos hombres quedaron solos.

—Es divertido lo que dijo Alison, ¿no? —inició Dick, un tanto violento—. Pero ella siempre opinó lo contrario. A pesar de eso le he comprado unas. Voy a darle una sorpresa.

Ya dijimos que Dick no era tanto. El tono que empleaba Bruce y el tema que había escogido, le parecían, no sin razón, sospechosos. Y quiso cortar la retinada a su simpático enemigo.

¿Qué pensar? ¿Era cierto lo que Dick decía? ¿Era tal vez producto de su habilidad? De todos modos, Bruce seguía sospechando.

Bruce no tardó en abandonar la reunión. Dick, que no había dejado de observarle en toda la noche, corrió a despedirle un poco más tranquilizado.

—¿Se va usted, señor Elcott?

—Sí, tengo que hacer mi equipaje, pues emprendo un viaje.

—¿Por mucho tiempo? —inquirió Dick con la esperanza de que así fuese.

—Tal vez regrese dentro de un año.

Se despidieron. Y Bruce volvió a su coche, en cuyo interior Jimmie le esperaba.

—¿Y ahora podría ir a reunirme con mi mujercita?

—Que te crees tú eso, Jimmie.

Y puso el motor en marcha.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE

No había duda, Dick estaba convencido de que Bruce sospechaba de él. Su estrategia no servía para nada. Era preciso actuar rápidamente.

Muy nervioso corrió a visitar a Dophne en el taller de Vernay. Ella le había llamado con urgencia. ¿Qué quería ahora la malvada mujer?

—Es una insensatez hacerme venir — exclamó Dick, al entrar.

—He sido demasiado sensata, pero me estoy cansando de vivir en este cuchitril mientras ella da recepciones.

Mientras los dos amantes hablaban, Vernay con su esposa, la inocente señora Vernay, entraron en su casa. Al oír la voz de Dick, el fotógrafo entró solo en la estancia, para enfrentarse con sus cómplices.

—¿Se han vuelto ustedes locos? Confiaba en que sería usted más prudente, señor Courtland. Van a los bares donde pueden sorprenderles y luego viene aquí sabiendo los riesgos que corremos.

—¿Podríamos convenir una cantidad y deshacer el compromiso? —propuso Daphne, mirando fijamente a Dick.

Este no respondió; luego se repuso y rogó a Vernay que les dejara solos.

—Preveo el porvenir — continuó ella —. Escucha: el señor «Cuatro ojos» ocupará una habitación de invitados en nuestra casa, toda su vida; la infeliz señora Vernay tendrá otra en el piso alto.

Pero Dick parecía estar pensando en otra cosa. De repente exclamó, levantándose:

—Escucha, Daphne. Enviame a Vernay a casa... dentro de una hora.

—Necesito que venga a ayudarme. No lo olvides: dentro de una hora.

Su imaginación había concebido la última fase de la tragedia.

Casi se cruzaron los coches en que viajaban Dick, Bruce y Jimmie. Bruce iba en busca del hombre de las gafas; Dick a preparar su maquiavélico plan.

Poco después el audaz Elcott entraba en la tienda de Vernay. Daphne se hallaba junto a la puerta, a pesar de que era muy tarde.

—Necesita unas fotos para pasaporte — dijo a la seductora mujer.

—Es algo tarde para fotografías.

—Es cierto, pero se trata de algo urgente. Si no quiere molestar al fotógrafo, hágamela usted, aunque no tiene aspecto de ser del oficio. Por el contrario debería usted posar, hacer de modelo, a juzgar por... esa pulsera de esmeraldas..

—Avisaré al fotógrafo — respondió ella secamente.

Vernay salió. No tenía excusa para hacer las fotos, pues en

la puerta de la tienda colgaba este cartel: «Veinticuatro horas de servicio».

Tomó la fotografía y volvió a la trastienda para revelarla. Bruce se quedó solo, y aprovechó la circunstancia para meter mano en el cajón de la mesa, en el que Vernay acababa de dejar sus gafas con montura de concha, aquellas mismas gafas que constituían el terror de Alison Courtland.

Cuando Vernay salió con las pruebas, el cliente se había marchado y mostraba las gafas famosas a su amigo Jimmie.

—Vete a ver al sargento Strake, y dile que Dick tiene una amiga a la que regaló una pulsera. Ya sé por qué Alison anda en sueños. Dentro del cajón de la mesa de Vernay había, junto a las gafas, un tratado de hipnotismo.

Vernay, entretanto, buscaba, afanoso, sus gafas.

—Las dejé en este cajón. Se las habrá llevado aquel tipo —dijo, dirigiéndose a Daphne que había reaparecido.

—¡No seas estúpido! Las pierdes siempre.

—Pero ¿por qué se las habrá llevado? ¿Y por qué no esperó las fotos?

—Acaso... Espera un minuto. ¿Y si estuviese relacionada con...? Ve a casa de Dick. Te está esperando. ¡Deprisa!

EL CASTIGO

Aquella noche, Dick, dispuesto a llevar a cabo su propósito, concedió fiesta a Helen y a Haskins, los cuales, vestido de calle, se fueron a darle amablemente las gracias.

—¡Hola, cielo! Esperaba que estuvieras despierta. Tenemos que celebrar.

—¿Celebrar, qué? —inquirió ella, intrigada.

—El contrato de Natwick. Ya está firmado, los planos aprobados, todo listo.

—Esto me compensa haber tenido que cenar solo. Estoy contenta y orgullosa de ti, Dick.

—Pues, a la salud de una mujer buena y comprensiva como la mía!

Y levantó, aparentemente jubilosa, la copa de champán.

Charlaron las dos alegremente hasta que, rendida por el sueño, Alison se dispuso a acostarse. Era ya tarde.

Se durmió, confiada. Pero Dick estaba totalmente desvelado.

Era preciso actuar sin pérdida de tiempo, pues sin duda alguna, Vernay se hallaba ya en su casa. Corrió hacia él. Esta vez el hombre no llevaba las gafas. Bruce las tenía en el bolsillo.

—¡Chist! Exactamente igual... —ordenó Dick al tatógrafo.

Y subió de nuevo a la habitación de su esposa, la cual se encontraba profundamente dormida. Dick se le acercó, lentamente, sin hacer ruido. Y una vez estuvo a su vera, exclamó, con escalofriante acento:

—Debes levantarte, Alison... ¡Levántate! Aquel hombre ha venido para matarte! Te espera en la sala de estar... Ha venido a matarte.

Como movida por un resorte, otra vez Alison se levantó, obedeciendo a los imperativos mandatos de su esposa.

—Ve hacia la puerta—segula diciendo éste—. No podrás librarte de él, ¡Valverá! Y hará que me mates... ¡La pistola! ¡Cógela! Está encima de la mesa. Bien... bien...

—Y ahora, baja las escaleras. Está en el vestíbulo. ¡No temas nada! ¡Llévate pistola! ¡Te matará si antes no le mates tú!...

Alison descendió poco a poco las escaleras, seguida de su esposo, quien no cesaba de decirle al oído:

—¡Ahí está! ¡Dispara! Aprieta el gatillo...

Alison, sumida en la más completa inconsciencia, se dispuso a obedecer.

La pistola apuntaba ya a Vernay quien, aterrorizado, contemplaba la trágica escena, de pie, en el vestíbulo.

—¡El gatillo! ¡Pronto!

Alison disparó. Disparó y consiguió atravesar el brazo de Vernay. Entre tanto, Dick, seguro de que Vernay, tumbado en el suelo, estaba muerto, corrió al teléfono.

—Póngame con la policía. Sí... Quiero denunciar un crimen...

Pero Vernay sólo estaba herido. Al oír las palabras de Dick se incorporó y, reaccionando, ordenó con voz imperativa:

—¡Cuelgue el teléfono!

—Creí que...

—Sí, ya lo sé — exclamó Vernay, roja de ira, con la pistola en la mano —. Veamos si estoy equivocada. Creyó que su esposa me había matado. Así lo creería también la policía, y así desaparecería de su vida una mujer loca y criminal que ya intentó matar a su marido y que, finalmente, me mató a mí. ¿No es eso lo que usted pensó?

—Pero... Vernay, escuche... — balbuceó Dick, muerto de miedo.

—Es usted quien debe escuchar. Y... no se mueva.

Y mientras apuntaba contra Dick, se dirigió a Alison, la cual había conseguido despertar de su extraño sueño.

—También tendrá usted que escuchar, señora Courtland. Su marido y su amante Daphne, tendrían toda su fortuna. En cambio, yo...

—Vernay ya... no quería que ella lo matara... Mi plan era...

—Su plan!... El mío hubiera dado resultado. ¡Su plan se malogró! Pero yo escaparé de este fiasco.

Vernay apretó el gatillo y... Dick cayó de bruces.

Dispuesto a realizar su propósito, el fotógrafo volvióse a la desventurada mujer para decirle en tono ronco, profundo, de ultratumba:

—Acaba usted de matar a su marido, señora Courtland. Y ahora va usted a suicidarse.

Se dispuso a disparar. Pero...

—¡Las luces, Alison! — gritó alguien con voz firme.

Era Bruce, que como siempre llegaba a tiempo. Alison apagó

las luces. Y se inició una lucha feroz entre dos hombres, escaleras arriba, una lucha cuyo desenlace podía ser fatal o afortunado para la pobre Alison, la cual contemplaba con la sangre helada.

Acosada por Bruce, Vernoy saltó las gradas de la escalera, en su huida hacia arriba. No tenía otra solución que escapar por el tejado, pues su contrincante, más ágil y vigoroso, no estaba dispuesto a dejar su presa.

Vernoy intentó evadirse, pero... Puso un pie en falso y su cuerpo se desplomó pesadamente por el hueco de la escalera, para ir a estrellarse en el vestibulo, a los mismos pies de Alison.

Los cuerpos de dos hombres —Dick y Vernoy— yacían uno al lado del otro.

Alison, llorando nerviosamente, se fué a su invernadero y se dejó caer, abrumada por el dolor, sobre un sillón. Bruce, que la contemplaba emocionado, dió unos pasos para acercarse más a ella y cuando estuvo muy cerca murmuró a sus oídos, con acento dulce y sereno:

—Tranquillízate, Alison. Dentro de poco estaremos lejos de esta casa para siempre.

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

«Serie Alfa»

2'50 ptas.

Cuidado con lo que haces	Michael Redgrave
Ver la dama y el honor	Paul Lukas
Maria Estuardo	K. Henburn
La profeta millonaria	Gene Raymond
Los peligros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Southern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Níger	Victor Francen
Estraneo en luna de miel	Hugh Sinclair
Fruto durado	Cable - Colbert
Andrés Harvey, fanático	Mickey Rooney
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irana	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Beyer
La familia Robinson	F. Bartholomew
El valle del sol	J. Craig, L. Ball
Quien conquista a la mujer	M. Hopkins
Casados sin casa	Menjou P. Negri
La mujer de las dos caras	Grata Garbo
Luna llena	J. MacDonnell
La hora radiante	Joan Crawford
El signo de la cruz	Fredrich March
Cuando ellas se encuentran	Joan Crawford
El rapto de Laura	Joan Fontaine
Una chica se divorcia	Joan Arthur
El Club 400	Anna Stenley
Una mujer ensabonada	Lupe Vélez
La voceta del Rama	Victor MacLaglen
El gran jefe	Fernando Soler
Cuando los hijos se van	Ronald Colman
Otra vez más	William Holden
Juventud ambiciosa	Ch. Laughlin
El sospechoso	Diana Barrymore
Matrimonio de inconveniencia	Joan Arthur
Una chica atrevida	Diana Durbin
La dama del tren	Iza Miranda
Documento X. 3	C. Cobert
Zusa	

«Nueva serie»

3 ptas.

Olivia	K. Hepburn
El duque de West Point	Joan Fontaine
El nuevo Zorro	John Carroll
Rutas infernales	John Wayne
Hombres intrépidos	John Wayne
Kip Carson	John Hall
La esta del Este	John Ave
«Crimes o suicidio?»	Paul Kelly
¿Que lindo se me ha caído	Tito Guizar

«Serie especial»

3'50 ptas.

Cuando quiere un maricón	
Así se quiere en Jalisco	Jorge Negrete
Diego Bandejas	Jorge Negrete
Perjuicio	

«Serie especial»

3'50 ptas

Jorge Negrete (Biografía)	Jorge Negrete
Jorge Negrete	
La cámara diabólica (1.ª parte)	Flash Gordon
El rayo de la muerte (2.ª parte)	Flash Gordon
La Doloresa	Arturo Cordero
Tarsán de las fieras	Buster Crabbe
La madrina del diablo	Jorge Negrete
Sargento York	Gary Cooper
Seda, sangre y sol	Jorge Negrete
Una carta de amor	Jorge Negrete
Una mujer internacional	George Brent
Mi novia está loca	Dennis O'Keefe
¡Ay Jalisco, no te vaies!	Jorge Negrete
También somos seres humanos	Burgess Meredith
La venganza de Lagerdora	Jorge Negrete
Cómodo de nacimiento	Jorge Negrete
Destino	Ingrid Bergman
Estrana mujer	Hedy Lamarr
La dama de la linterna	Yvonne de Carlo
Marenita Clara	Evita Muñoz (Chachita)
Montecassino	Ubaldo Lay

«Serie especial»

4 ptas.

El Ametrallador	Pedro Infante
¡Viva mi desgracia!	Pedro Infante
Como México no hay dos	Tito Guizar
1	Still Jarrel
El fantasma	Jorge Negrete
Una canción en la noche	Domínguez Soler
Aladino y la lámpara maravillosa	Comet Wilda
Mujeres	Joan Crawford
Gran Casino	Jorge Negrete
Hombres de paja	John Wayne
El mundo celestial	Hedy Lamarr
El ahijado de la muerte	Jorge Negrete
Los tres García	Pedro Infante
El verdugo	Margarita Andrey
Noche eterna	Henry Fonda
Pasión que redime	Hedy Lamarr
Nunca la olvidaré	Irene Dunne
Noche y día	Cary Grant
El barco de la muerte	Glenn Ford
Paula	Glenn Ford
Perla maldita. Sherlock Holmes	Basil Rathbone
Fantomas contra fantasmas	Aimee Clariond

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

«Serie especial»

4 ptas.

Don Quijote de la Mancha	Rafael Bivolar
------------------------------------	----------------

BIBLIOTECA CINE NACIONAL 2 ptas.

¡No quiero!... ¡No quiero!	José Baviera
Ud. tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
San trueno hormonas	Luisita Corgallo
Bohemia	Emilia Allaga
Dun Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
La última falla	Miguel Ligeró
Martingala	Nina Marchena
Rapto a usted	Celia Gámez
Tierra y cielo	Mariuchi Fresno
¡ai-ai!	Inés del Val
¿Quién me compra un lio?	Maruja Tomás
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
La reina mora	Pedro Terst
Maria de la O	Carmen Amaya
Alas de paz	Luis Valois

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

La arlesiana	Raimu
Manius	Richard Dix
Manchuria	Gloria Swanson
Indiscreta	Ernst Heim
Una de nosotras	Diana Karenne
El collar de la reina	Camilla Horn
Moral y amor	Cary Grant
Casino del mar	M. Chevalier
El caballero del Folies	E. C. Robinson
Paseo a la fama	Carmen Guerrero
Mama Elena (Fiebre de fuego)	Wynne Gibson
El sobre lacrado	Charles Collins
El bailarín pirata	Astaire - Rogers
¡Vámonos la flota	Lil Dagover
Mamá se casa	Robert Taylor
Melodía Broadway 1938	Gené Raymond
Apuesta de amor	Warren William
La vuelta de A. Lupin	Gino Cervi
Héctor Ficramoeca	Lili Pons
El mundo a sus pies	A. Nazzari
Sepultada en vida	K. Hepburn
Damas del teatro	Zasu Pitts
El detective y su compañera	Joan Fontaine
Seducción en desgracia	Kate de Nagy
Una aventura de la Pompadour	Boris Karloff
El poder invisible	Willy Birgel
Melodía rota	Ann Sothern
Cupido sin memoria	Paula Wessely
Maria, Elena	Clive Brook
El caso Vero	Joan Fontaine
La quimera de Hollywood	Heinz Rühman
Los tres vagabundos	

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

El rey soldado	Emil Jennings
El malvado Carabel	Antonio Vico
El doctor Arrowsmith	Ronald Colman
El cardenal Richelieu	George Arliss

BIBLIOTECA CINE NACIONAL (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Carmen la de Triana	I. Argentina
Melodía de arabal	Argentina - Cordell
La Millona	R. de Sentmenat
El sobre lacrado	Luisita Corgallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
El diablo es un vivo	Antonio Vico
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Molinos de viento	Pedro Terol
La alquería de la huerta	Flore Santacruz
El Barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Ramón Pereda
Sol de Valencia	Maruja Gámez
Misterio en la marisma	Felix D'Algy
Rouge de otoño	M. F. Ladrón G.
La patria chica	Estrellita Castro
La chica del gato	Isolina Hernán
Un unido de familia	Mercades Vadino
La culpa del otro	Luis Prendes
Fin de curso	Luché Soto
Mi enemiga y yo	Luis Prendes
Y tú ¿quién eres?	Olvido Guzmán
Una mujer en un taxi	Silvia Morgan
Una herencia en París	F. Biquier
Empozó en boda	Sera Montiel

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS (Serie Alfa) 2'50 ptas.

Sabú a Toomay de los Elefantes	Michael Redgrave
Tú cambiarás de vida	Danielle Darrieux
Una chica insuperable	Ann Harding
Mortal sugestión	Dolores del Río
Acusada	Judy Kelly
El misterio de Villa Rosa	Greta Gyn
Albergue nocturno	Claude Rains
Las dos niñas de París	Lil Dagover
¿Es mi hijo?	Mickey Rooney
Las vacaciones del juez Harvey	Cary Grant
La última avanzada	G. Gerbo - Taylor
Margarita Gautier	Mickey Rooney
Forja de hombres	
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El pequeño lord	F. Berthodmew
El asesino invisible	Walter Abel
Alarma en el expreso	Michael Redgrave
Los dos pilletes	Jaques Tavit
Pygmalion	Leslie Howard



CANCIONERO

de  **Editorial "ALAS"**

1 peseta

NEGRETE
IRMA VILA
LA RUDIANITA
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NINO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
NINO DE ORIHUELA
CARMEN MORELL
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
MARGARITA SANCHEZ
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
IMPERIO DE TRIANA
MONIQUE THIBAUT
JOSE LUIS CAMPOY
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHEÑA
ALICIA MUÑOZ
LOLA FLORES
JOSE MARIA

RAFALES
ANGEL SANZ
PEPE BLANCO
JUANITO PENA
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
LA GITANA BLANCA
MANOLO CARACOL
NINA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
CORALILLO DE GRANADA
LOS MEJORES CANTARES
VIVA EL FOLKLORE
ANTONITA MOSFNO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO ITANGINI
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LOLA ALECRIA
LOS PONCHOS
LUIS ARAQUE

2 pesetas

Cinco Vocalistas del Jazz - Cinco Estilistas Calés - Cinco Estrellas Calés - Cinco estrellas del Hot - Trío Calaveras - Cuarteto Tropical - Irma Vila - Antonio Machin - Curro Lucena - Bronce y Soda - Arriba Va - Estrellas de la Radio - Negrete - Irma Vila y Trío Calaveras - Pepe Blanco - Mario Visconti - Ritmos cubanos - Grandes figuras del folklore - Carlos Gardel - Paquita Rico - Agustín Izurta - Antonio Amaya - Cancionero Internacional - Chavalillos de España - Boleros de moda - Melodías de hoy - Juanito Valderrama - Xavier Cugat - Ramón Evaristo - Bonet de San Pedro - Melodías de color - El Gran Israel - Juanita Reina.

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona